

# LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 8. 28 de julio 1984

## SUMARIO

- Entrevista con Angel Vaquero (pág. I)  
Dámaso Alonso, visto por Joaquín Benito de Lucas (pág. II)  
La obra y su hombre, por Juan C. Valera (pág. II)  
Los folletines de La Voz del Tajo (pág. III)  
Comic, por F. Blázquez (pág. IV)

Angel Vaquero, una buena "invención" de Pessoa en la Mancha

## Un pintor entre la constancia y una pereza productiva

Angel Vaquero vive en el número 48 de la calle del Doctor Bonardell, en Alcázar de San Juan. Huérfano de padre desde los 4 años, comparte, con su madre, un caserón, producto más o menos típico de la tierra. Alterna obligadamente su vocación de pintor con una "pessoana" profesión de contable en la Imprenta Mata de Alcázar. Es el superbenjamín de cuatro hermanos, siendo el único varón. El segundo piso de su considerable inmueble está ocupado por sus útiles de pintura, sus libros, su equipo de música, sus piezas arqueológicas (véase LA VOZ DEL TAJO de 4 de julio). Después de mostrarnos el taller y comentarnos que su obra está hecha de pereza y constancia, y pasar por un dormitorio y un vestíbulo atestados con sus obras cuidadosamente enmarcadas, nos sentamos, reconfortados por la bondad del artista y por el encanto de sus realizaciones, en una banca madrileña que preside el espacio de una pequeña habitación, repleta también de lienzos inacabados. De una de las paredes cuelga un espejo que podría ser valenciano. Un botijo de cerámica esmaltada está justo en el centro de una mesa camilla con tapete de ganchillo. Dos sillones de mimbre, pintados de blanco, con cojines de lana de colores, flanquean la comfortable banca. En nuestro frente se aposenta un delgado mueble lacado, lleno de pequeñas cerámicas, esmaltadas como el botijo, y a su lado se yergue un perchero que parece empeñado en saludarnos por el efecto de la inclinación de los dos sombreros de fieltro que sostiene. Realizamos esta entrevista al amor de unos perentorios botellines de cerveza, bajo pequeños dibujos suspendidos sobre nuestras cabezas, entre lienzos medianos de un colorido y composición arrobadores.

LA VOZ DEL TAJO.— Ya sabemos que es compatible trabajar de contable en una oficina y realizar la más "estelar" obra plástica, al mismo tiempo. Pero, ¿tiene esto algo glorioso?

ÁNGEL VAQUERO.— Si hay algo o no de glorioso en esto, no tengo ni idea. Trabajar en una

oficina, lógicamente para un artista deviene de la necesidad económica. De todas formas, realizando este prosaico oficio, siempre se evade uno con la imaginación. Sí me gustaría, claro está, cambiar a una profesión más creativa, o pedir excedencias de vez en cuando o algo así. De

todos modos, el tema de buena parte de mis cuadros ha partido de este hecho. Por otra parte, tengo amigos que dicen que si no fuera porque trabajo desde hace mucho tiempo en la Imprenta Mata, posiblemente no me hubiese dedicado a pintar. Lo que haya de cierto en esto, ni yo ni

nadie lo sabe. Quizá, eso de someterme a un horario y a un tipo de ocupación "remunerada", pero aburrida, dé más fuerza, supongo, a mis deseos de pintar.

L.V.T.— ¿Cómo se encuentra Angel Vaquero más cómodo, ante los grandes o pequeños formatos?

A.V.— Evidentemente, se controla más realizando trabajos pequeños, pero donde hay más posibilidad es ante las grandes dimensiones, aunque, tal vez, el resultado sea de peor calidad; pero, lo pasa uno mejor. Realizar exclusivamente pequeños formatos es, a mi juicio, y en cierto sentido, someterse a un juego menor. En general doy importancia al formato. Estudié el tema de los "números de oro", me interesó y lo he aplicado a mi obra.

L.V.T.— ¿Es realmente difícil, como tanto se dice, la relación entre pintores?

A.V.— Hay rededillas absurdas, que no me explico. Yo me llevo bien con los demás pintores de Alcázar. Quizá para bien, algunas veces reñimos, aunque sin ninguna consecuencia o trascendencia posterior; esto, creo, está generalizado. Lo que ocurre entre nosotros es que no media en nuestra amistad ninguna guerra económica y pienso que, por ahí, pudieron venir follores.

L.V.T.— ¿Te interesan los manifiestos, estás adherido a alguno o vas por libre?

NO ME IMPORTA, EN ABSOLUTO, COPIAR

A.V.— Ahora mismo voy por libre. Siento curiosidad por las últimas tendencias; la postura de la adhesión a los postulados creo que ya está "demodé". En la dictadura tuve un pequeño compromiso político. Me gusta informarme, eso sí. No me importa, en absoluto, copiar. Pintar el último cuadro significa, para mí, la cima de la evolución o la cresta de la ola de toda la obra pictórica, desde el Renacimiento hasta las últimas tendencias. Lo que salva un cuadro es la personalidad que tú le imprimas. Por otra parte, hoy da igual pintar bien que pintar mal, pues los montajes son ficticios, consumistas, ocultándose deliberadamente las esencias del arte. Los ambientes superficiales es lo que más interesan.

L.V.T.— ¿Tú crees que en una muestra de pintura mediterránea tendrías el derecho a ser incluido? Lo digo para que opines de la mediterraneidad de los pintores españoles, aun los del interior.

A.V.— Las etiquetas me dejan frío. De todas formas, he aprendido, como todos, de la vasta cultura mediterránea. Además, hoy se viaja mucho. Nueva York es Europa y gran parte del arte que sale de allí es de origen netamente mediterráneo e incluso europeo. Las nuevas formas, en pintura, se proyectan desde España. Madrid es uno de los más importantes centros en la actualidad.

(pasa a pág. IV)